# *La venganza del marido*

## *(Historieta de un galán enterrado en vida)*

Diego San José

PRÓLOGO

# DIEGO SAN JOSÉ

## EL AMOR A LOS CLÁSICOS Y EL DESAMOR A LOS REYES

### DOS ASIGNATURAS AMABLES

Naturalmente, Diego San José, tan amante del Madrid de las tradiciones y de las consejas; tan amante del oro de leyenda que aún queda en nuestras plazas arcaicas y en nuestras calles retorcidas y angostas; tan conocedor de las reliquias y los rincones del Madrid lejano de los Austrias; tan apasionado de sus glorias distantes y sus figuras muertas; Diego San José, naturalmente, por todo ello, no podía ser sino de aquí, de Madrid...

—...Madrileño, en efecto —me dice—. Y mis primeros estudios en una institución bien madrileña: los Escolapios de San Antón.

—¿Buen estudiante?

—No. Malo. Pero solo hasta llegar al tercer año, en que cambiaron las cosas debido a que me salió al paso la Retórica y Poética.

—Gran asignatura, que despertaría sus vocaciones literarias...

—Eso es. Me encariñé con ella. Y con la Historia de España. Para mí no fueron ya dos asignaturas. Fueron obras recreativas, que yo leía como si se tratara de novelas. Fueron mis libros predilectos...

—¿Y empezó usted, a la llamada de esas asignaturas, a escribir?

—Comencé por escribir versos. Versos llenos de juventud, de ingenuidad... Ya lo supondrá usted. De entonces también, de aquel súbito trato con la Historia de España —trato que muy pronto fue pasión—, nació mi conocimiento con los Reyes. Conocimiento del que sin duda ha surgido luego mi poca o ninguna simpatía por ellos, por todos ellos...

## CÓMO NACIÓ LA DEVOCIÓN A LOS CLÁSICOS

Diego San José trajo a nuestro panorama literario una manera muy suya, muy característica: culto de los clásicos, evocación de sus modos, fervor por las buenas glorias españolas, conocimiento de los rincones y los misterios de nuestra Historia, tan rica en aventuras, gallardías y gestos... ¿Cómo y cuándo nació en él esta devoción?

—Viendo hacer teatro antiguo —me dice— a María Guerrero y a Fernando Díaz de Mendoza en el Español (obras de Lope, de Moreto, de Tirso); viendo representar comedias de Moratín y de Bretón de los Herreros a Emilio Mario en la Comedia, se despertó esa afición mía al clasicismo...

—¿Le alentaron en ella?

—No. Nadie. Más bien procuraban quitármelo de la cabeza.

—Inútilmente.

—Claro. Intentaban quitarme esa afición poniéndome de manifiesto el fárrago de disquisiciones en que se pierden muchas veces los grandes y pequeños autores de nuestro Siglo de Oro. Y lo que yo hacía, en cuanto la plática terminaba, para ver de qué parte estaba la razón, era marcharme a la Biblioteca Nacional, dejando, desde luego, la clase... Me encerraba allí, horas y horas, y leía ávidamente mis libros predilectos. Estaba a mis anchas, mano a mano con Quevedo, Cervantes, Lope y demás compañeros. Y a media tarde salía, sin que la embriaguez de la lectura me hiciera dar cuenta de que había pasado la hora de almorzar, y por ende la de los novillos. Yo estaba encantado con irme metiendo cada vez más adentro en el polvo de los siglos...

## DIBUJOS Y VERSOS

—También aprendí dibujo, con aquel gran Alejandro Saint-Aubin. Mejor dicho, intenté aprenderlo... Porque lo que aquello hizo sobre mí fue consolidar más mi credo literario. Nos pasábamos los dos las tardes enteras leyendo. Y cuando yo me quedaba solo, me ponía a hacer versos en el mismo papel en donde debiera copiar ojos, manos y figuras. En fin: que no sé, como era de esperar, una sola palabra de dibujo...

## LA LABOR HECHA

—¿Cuántos libros ha publicado usted, Diego?

—Muchos... Debo de estar rondando ya la treintena.

—Dígame algunos títulos. Empecemos por los de versos.

—Estos: «Rufianescas», «Hidalgos y plebeyos», «Libro de diversas trovas»...

—Ahora las novelas.

—Ahí van algunas: «Mozas del partido», «La bella malmaridada», «El libro de horas», «Puñalada de pícaro», «En pecado mortal», «La Mariblanca», «Ginés de Pasamonte», «La corte del rey embrujado», «Una pica en Flandes», «Cuando el motín de las capas»... En novelas cortas habré publicado más de sesenta...

—¿Y libros de algún otro género?

—Tengo publicados algunos volúmenes de carácter histórico: «La Monarquía, la Privanza y el Ingenio», «La corte del rey galán», «El abogado del diablo», «Vida y milagros de Fernando VII»...

### LA LABOR EN MARCHA

—¿Y su labor en preparación?

—Saldrá pronto mi libro «Martirologio fernandino», que viene a completar la «Vida y milagros». Después irá, seguramente, «Oropeles del Parnaso», comentarios a la obra de unos cuantos poetas desde los días de Felipe V a los de Carlos IV. Tengo inédito un libro de versos: «Versos de capa y espada». Y preparo dos libros de carácter histórico: «Don Diego de León» y «La España de Pan y Toros o El príncipe de la Paz».

### LA «QUINTA» DE DIEGO SAN JOSÉ

—¿Qué escritores son los de su promoción, los que se formaron al mismo tiempo que usted?

—Andrés González-Blanco, Emiliano Ramírez Ángel, José Francés, Antonio Rey Soto, Juan José Llovet, César Juarros, Javier Valcarce, Luis Antón del Olmet, Prudencio Canitrot, Ceferino Palencia Tubau... Como ve, varios de ellos desaparecieron ya... Algunos más hay. Pero de unos no me acuerdo, y de otros, aunque me acuerdo, no quiero recordarme...

JOSÉ MONTERO ALONSO

Por huir del ajetreo de la corte y orearme un poco de la vida del campo, me recogí hará algunos meses en una ciudad castellana, cuyo nombre, ciertamente, no hace al caso para lo que al volver de este preámbulo has de ver, hermano lector, si sigues favoreciéndome con tu cortesía.

Como no iba en busca de emociones nuevas, sino simple y llanamente a sosegar el espíritu, me limité a llevar vida tranquila y muelle, amoldándome en todo a los usos y costumbres de aquel lugarón olvidado de los siglos, perla y florón del turismo hispano.

Por las mañanas, a la hora de misa mayor, me iba a la lonja de la catedral, que, como antaño, en la cortesana villa de los Felipes, y aun mucho después, era el «mentidero», en donde se recogían las noticias de fuera y las cominerías de dentro.

A primera hora de la tarde acudía al Casino, en donde estaba un par de horas, y después, en la compañía de un «cicerone» voluntario, recorría las calles típicas del pueblo y husmeaba los vetustos caserones que la vida moderna profanaba dándoles ocupación bien distinta, y a veces grotesca, de la que tuvieron en los lejanos días de su mocedad, o les habían abandonado dejándoles pudrirse en su propia historia.

En una revuelta calleja, a espaldas de la iglesia mayor, había un palacio estilo Renacimiento, de bellísima traza, que recordaba el soberbio caserón de las «conchas» en la muy docta ciudad de Salamanca, o el de los «picos» en la muy noble y muy leal de Segovia.

Por un buen rato estuve detenido ante aquella magnífica fábrica, que traía a mi memoria los tiempos remotos del César y de su hijo el cristianísimo fundador de El Escorial, que es, a mi juicio, el único título merecido que puede dársele a aquel gran tostador de herejes que se llamó Felipe II[1].

—Esta es la casa que llaman de los duendes —me dijo mi acompañante, hombre que, por lo mucho que pretendía saber de las vejeces del lugar, pasaba por ser el cronista espontáneo de la antiquísima urbe.

—¿Y por qué la llaman la casa del duende? —pregunté a mi mentor, exponiéndome a sufrir su verbosidad farragosa y plúmbea.

—No lo sé —me respondió—, porque nunca he pasado del zaguán las pocas veces que le he visto abierto, que es almacén de un cosario; pero cuentan que durante las noches se oían, ya hace muchos años, voces lastimeras y arrastrar de cadenas, y así nadie la ha querido habitar de nuevo, aunque la dan casi de balde y dicen que tiene muy espaciosas y soberbias estancias.

—Pues si me lo consintieran, yo no tendría inconveniente en habitarla. A mí todas estas cosas de misterio me atraen (aunque de antemano sé que no son más que vulgares fantasías), porque me disponen muy bien para urdir cuentos, artículos y novelas, que después, allá en la corte, son mi pan de cada día —dije, y a lo cual me respondió mi acompañante:

—Sería usted el primer inquilino que tuviera el palacio desde hace más de ciento cincuenta años. El último parece que fue un usurero, que un día amaneció muerto en su alcoba, sin que antes se supiese que le aquejaba enfermedad alguna.

—¿Y a quién hay que ver para procurar satisfacer mi deseo? —inquirí.

---

[1] Véase mi libro *El abogado del diablo*.

—Al cosario que tiene arrendado el zaguán como almacén —tornó a replicarme el guía, y para que mi capricho no tardara mucho espacio en trocarse en realidad, aquella misma noche, en un café de la Plaza Mayor, me puso al habla con el dicho recadero, que era un hombre como de cincuenta años, franco y parlanchín, que cuando oyó mi pretensión hizo grandes aspavientos de asombro y extrañeza, en las que había mucho de burla encubierta hacia los propaladores de la medrosa leyenda:

—Pero, hombre de Dios —dijo—, no es que yo crea, como dicen, que en el viejo palacio de Valdeflores —que así se llama porque pertenece a los marqueses de este título— haya duendes ni demonios coronados, que yo soy hombre de mi tiempo, he leído, y no creo en paparruchas ni en cuentos de viejas; pero aquello está hecho una lástima, todo lleno de goteras y telarañas, y en ponerlo en condiciones iba usted a tener que gastarse más de lo que vale el edificio. Para que usted se convenza, mañana lo veremos a la luz del día, y verá que aun me quedo corto en los informes que le doy. Ahora, como pieza de arte por los artesonados, por los herrajes de puertas y ventanas y por la talla de los muebles, pues todo el primer piso está amueblado tal y como lo dejó el último marqués que se aposentó en el palacio, no puede negarse que vale la pena de verse.

***

A la tarde siguiente, después de la hora del casino, me fui a buscar al cosario, y charlando y fumando muy despaciosamente, me llevó al ancestral y temeroso almacén de sus mercaderías.

Los que se enteraron de aquel capricho no me lo tomaron a bien: los que creían de buena fe en la leyenda de fantasmas y aparecidos —que, dicho sea de paso, eran la mayoría—, porque entendían que ello era tanto como hacer mofa y escarnio de los designios del Altísimo, que consentía en que aun no hubiesen terminado aquellos muertos su peregrinación por la Tierra; los escépticos, porque miraban mi capricho como una extravagancia, que después, teniendo en cuenta mi calidad de escritor, sin duda que redundaría en sátira desprestigiosa de la ciudad, puesto que diría de ellos que vivían apegados a todas las máculas de la superstición y del fanatismo.

Con una llave disforme, pero modelo de la cerrajería artística de otros siglos, abrió el hombre el postigo del abandonado palacio del marqués de Valdeflores.

El zaguán, que era amplio, empedrado de menudos guijarros, estaba lleno de fardos, cajas y paquetes, que el hombre tenía que llevar a los pueblos próximos o repartir entre los vecinos de la ciudad.

Al lado diestro estaba una ancha y magnífica escalera de piedra, por la que subimos hasta el primer piso, en donde, salvo la herrumbre y polvo acumulado por los siglos, todo parecía estar lo mismo que cuando el edificio fue habitado por vez postrera.

La antesala, con sus bancos en torno para las dueñas, escuderos y pajes que acudían a esperar a sus amos, que estaban de visita, y en el centro, sobre una gran mesa de roble, un farol, una espada y una daga, como si su dueño fuera a salir de un momento a otro y tuviera que ceñirse aquellas armas.

Penetramos en el estrado, que era por extremo espacioso y lleno de luz, por obra y gracia de un gran ventanal que se abría en el muro frontero y daba a un jardín todo descuidado, en donde la Naturaleza fértil crecía selváticamente por todas partes sin que humana mano anduviera diligente en perfilarla y adornarla; ciertamente pudiera llamarse aquel jardín el jardín de los siglos; más de tres por lo menos se habían detenido en él como en el de la linda conseja de «Los siete durmientes».

A la derecha del estrado había un dormitorio con su cama colgada en medio y un gran sitial a la cabecera; aquella pieza estaba más desmantelada que las otras; una grieta enorme en el muro dejaba penetrar la luz a otra habitación que había detrás.

Íbamos a continuar la visita, cuando desde abajo vino la voz de un muchacho llamando a mi guía.

Salió este y yo me quedé solo; durante los breves momentos que duró su ausencia escudriñé minuciosamente todos los rincones de aquella estancia.

Me aproximé a la grieta abierta en el muro y traté de escudriñar lo que hubiera al otro lado, pero la oscuridad era completa y de aquel aposento salía un olor de humedad y de años que no era ningún regalo para el sutil sentido del olfato.

Me disponía a seguir mi inspección ocular por el resto de la casa, en donde sin duda me encontraría el bueno del cosario, cuando reapareció este diciéndome que le llamaban con urgencia de la estación y era forzoso renunciar por aquel día a la visita del palacio.

—Al menos —dijo— que quiera usted continuar solo, en cuyo caso aquí tiene la llave; cierre bien al salir y se la deja al conserje del Casino, si no quiere usted tomarse la molestia de dejarla en mi casa, al pasar por la Plaza Mayor.

Le prometí hacerlo así y me dispuse a vivir toda aquella tarde entre los jirones del pasado.

Daba el sol sus postreros resplandores, y en muchas estancias del viejo palacio deshabitado se enseñoreaban las tinieblas, cuando al pasar nuevamente por la alcoba en donde me dejó el recadero —porque me atraía con singular y extraña fuerza aquella habitación— oí un ruido sordo, a veces como de pisadas quedas que hacían crujir las tablas resecas y carcomidas del pavimento. Aunque por un momento tuve algún recelo, aunque no soy nada supersticioso, ni por un instante pensé en que pudiese hacer tal ruido el duende tutelar del edificio; más bien creí que el cosario había vuelto y andaba buscándome. Pero no era el bueno de Leandro, que así se llamaba el «mecenas» de mi curiosidad, porque de ser él me habría hallado en seguida y sin duda me llamara para darme noticia de su presencia. El ruido quedo, como de pisadas blandas y cautelosas, seguía.

Me paré a escuchar.

Aunque estaba firme en mi tema de que los muertos no vuelven y conforme con el axioma de Don Juan Tenorio de que

*no hay más mundo que el de aquí*
*ni otra vida en la que yo,*
*a decir verdad, creí...,*

como pocos días antes terminara de leer *Las casas de duendes*, de Flammarion, di, como si dijéramos, un salto atrás.

¿Por qué no pudiera ser que la casualidad, o los misterios insondables de la Naturaleza desconocida, me consintieran ver «por mis propios ojos» un ejemplo elocuente de las teorías del gran sabio francés? Y, haciendo, como dicen, «de tripas corazón», avancé hacia el aposento de donde venía la ráfaga de miedo.

Cuando penetré en la alcoba, un gran ruido me dejó paralizado en el umbral: toda aquella pared agrietada y carcomida se venía estrepitosamente al suelo, al mismo tiempo que un enorme gato saltaba sobre los cascotes e iba a guarecerse en la habitación que el hundimiento dejaba al descubierto.

Al pronto pensé que toda la casa se derrumbaba, y temí quedar enterrado entre los escombros; procuré buscar la salvación en la huida, pero en aquel preciso momento una violenta ráfaga de aire cerró la puerta y me quedé dentro de la habitación.

Muy cobijado junto a la vetusta cama estuve un buen espacio y temiendo que de un momento a otro se derrumbase toda la estancia; mas no fue así; pasaron unos minutos, que en verdad se me antojaron años, y todo volvió a quedar en la calma sepulcral en la que había estado hasta poco antes.

Salí del escondrijo, y pasado que fue el susto, una insana curiosidad me llevó hacia la pared derrumbada, que dejaba al descubierto una pequeña habitación, que en revuelto desorden conservaba una gran silla de brazos, una mesa y sobre ella un bulto informe, que no consentían reconocer las primeras tinieblas de la noche.

Encendí una cerilla y penetré resueltamente en la estancia. A fe que bien pude decir como el «Lope», de Narciso Serra:

*«y lo que vi, ¡vive Dios!,*
*que hacíame estremecer»,*

porque no era otra cosa que un esqueleto mondo, sentado en la silla y apoyada la calavera sobre los brazos, en actitud de que la muerte le hubiera sorprendido durmiendo.

Todavía tuve ánimos para aproximarme más y vi que al lado tenía un cuadernillo escrito con letra desigual y temblona.

Iba a tomar aquellas hojas, cuando de pronto oí lejanamente pronunciar mi nombre.

Como a la sazón estaba harto fuera de la realidad de la vida, me produjo tal impresión aquella voz que cada vez percibía más próxima, que la cerilla se me cayó de la mano y quedé inmóvil en medio de las más compactas tinieblas.

La noche había cerrado por entero; aquella habitación, franqueada tan impensada y desastrosamente, tenía toda la frialdad, y aun se me antojaba que todo el hedor, de una tumba.

Un vago resplandor llegó hasta mí, precedido por la voz que me llamaba.

Todas las historias fantásticas de Hoffmann, Poe y Wells danzaron por un instante en mi mente calenturienta, y pensé que la locura llamaba a las puertas de mi cerebro; mas presto todo —como acontece en los maravillosos e inquietantes cuentos de Maupassant— tuvo un fin completamente humano: quien me llamaba y traía aquella luz tenue y amarillenta no era otro que el señor Leandro, que, extrañado de que se hubiera hecho de noche y no apareciera ya por el Casino ni por su casa a dejarle la llave del inquietante palacio, venía en mi busca.

Tan asombrado se quedó y tan perplejo como yo cuando advirtió el lúgubre cuadro que se desarrollaba ante sus ojos.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué es esto? —preguntó viendo la pared caída y el esqueleto de bruces sobre la mesa en actitud de dormir tranquilamente el sueño eterno.

Le expliqué como pude lo ocurrido, y más repuestos los dos, examinamos la habitación, que, como ya dejo dicho, era por extremo angosta y estaba en el más completo desorden.

—Bueno—dijo filosóficamente el cosario—. Vámonos; supongo que ya no tendrá usted nada que hacer aquí.

—Se equivoca usted —le contesté—, porque ahora quisiera saber quién ha sido este hombre y a qué extrañas causas es debida su muerte, pues según todas las circunstancias me temo que ha sido emparedado en vida.

—Lo que es eso no sé cómo va usted a descubrirlo —replicó el demandadero.

—Pues me parece que muy sencillamente —le repliqué—. No más que con leer este cuaderno que tiene al par la calavera —repuse apoderándome del libro en cuestión.

—Pero no aquí, porque fuera podría despertar sospechas nuestra larga permanencia en este sitio. Vámonos a mi casa o a la suya y sabremos lo que hay de cierto en este extraño descubrimiento —dijo cuerdamente mi camarada, y echando a andar tras él, que ya había emprendido el camino de la calle, llegamos más que de prisa al zaguán.

Cuando ya ponía el hombre la llave en la cerradura para abrir el postigo, dijo:

—Yo creo que será conveniente que esto no salga de entre nosotros dos, porque nos marearía el Juzgado, se alborotaría el pueblo y me sería preciso abandonar este local, que me es muy útil como depósito de mis encargos. Ya le he dicho a usted que me lo ceden casi de balde, y en toda la ciudad no encontraría otro más apropiado para mi menester. Conque, ni se ha hundido pared alguna, ni hemos visto rastro humano de la vida anterior, y usted se ha convencido de que no es posible habitar el palacio, a menos de emprender en él unas obras costosísimas que lo hicieran medianamente habitable.

—Por mí no hay inconveniente—respondí.

Salimos a la calle, y pocos minutos después estábamos ambos en mi hospedaje, descifrando muy trabajosamente el cuadernillo del muerto, que, trasladado por mí a medio centenar de cuartillas, decía de esta suerte:

## I

«Hoy, Día de Difuntos de 1700, se ha acabado para mí la vida y empieza la muerte: una muerte que ha de ser espantosa, porque me han enterrado vivo.

»Yo, con las ansias de morir pronto, con mucha más verdad que Santa Teresa, digo ahora de todo corazón aquella letrilla suya:

*"Ven, muerte, tan escondida*
*que no te sienta venir,*
*por que el placer de morir*
*no me torne a dar la vida";*

pues ha de saberse que, aunque he intentado quitármela por mi propia mano, me falta valor

en el momento preciso; además, que siempre hay un rayo de luz que brilla sobre mi desesperación, pues confío en que Dios, que todo lo ve y atiende a sus criaturas, por más pecadoras que sean, dispondrá algún arbitrio por el cual yo pueda volver al mundo, aunque esto si llega

tendrá que ser en breve espacio, pues la angostura de esta pieza, sin más luz que la lamparilla que arde ante esta imagen de Jesús crucificado, no me permitirá alentar por muchos días.

»Vaya esto como la confesión general de mis culpas, y por si el Hacedor es servido de que todo acabe para mí entre estas cuatro paredes, se sepa en algún tiempo quién fui, quién me suprimió de la lista de los vivos y por qué causa.

»Soy Don Felipe de Miranda, capitán de la Guardia Española del Rey Don Carlos II, por quien en este instante y durante todo el día de hoy estoy oyendo doblar a muerto. Yo aplicaré tales clamores por el descanso de mi alma, la cual, no haciendo el Señor la caridad que le pido, porque como hombre que soy tengo miedo a la muerte, y más como veo que no puedo luchar con ella, no he de tardar mucho en estar dando cuenta de mis culpas al Divino Tribunal.

»Siempre fui muy aficionado de las mujeres y estas de mí; tal circunstancia viene a ser la causa fatal del apurado trance en que me veo.

»La bizarría de mi estampa y el gracejo de mi conversación eran espejuelos que las hacía caer en mis brazos como aturdidas alondras.

»Fue la postrera que con venir a mi regazo y poder apuntarla en la cuenta de mis triunfos amatorios dio conmigo de bruces en esta sepultura: Doña Mencía de Soldevilla, esposa del marqués de Valdeflores, el más orgulloso, celoso y vano magnate de esta histórica ciudad.

»Cuando yo vine aquí como capitán de la Guardia de la Reina viuda Doña Mariana, que se aposentaba en el Alcázar, me hablaron de la dicha marquesa, pintando con tan extremados encomios su hermosura, que aunque yo venía con ánimos de curarme radicalmente de un gran amor que me dejaba en la corte, me entraron ganas de conocerla, y más cuando me dijeron que era tan famosa por su virtud como por su belleza, a pesar de estar casada con un hombre que muy bien pudiera pasar por su padre.

»—No hay galán en toda la villa, y aun se cree que en toda España —me decían—, aunque el mismo Don Juan Tenorio resucitara, capaz de rendir tan soberana fortaleza.

»—Eso será —pensaba yo— porque no se ha puesto en mi camino. —Y tanto me mortificaban cada día con este tema mis camaradas, que aposté con ellos que había de rendirla como si fuese la más blanda y la más fácil de todas las mujeres. Y a lograrlo me dediqué en cuerpo y alma desde el siguiente día, echando a tierras del olvido aquel amor que dejaba marchitándose en Madrid...

»Ya pienso que ha de ir por filo la medianoche, porque entre los clamores por el alma del Rey oigo tocar a completas en el Monasterio de las monjas de Santo Domingo, que está a espaldas de esta casa.

»Mataré la luz y procuraré recoger el atormentado espíritu en la quietud del sueño, encomendándome antes a Dios para que sea servido de no sacarme de la deleitosa cárcel del mundo con tan espantosa muerte como la que me han prevenido entre las cuatro paredes de esta estancia.

## II

Las mismas campanas monásticas que anoche me convidaron a dormir me han despertado a hora prima de la mañana. Con la yesca y el pedernal que conservaba en mi faltriquera di luz a la lamparilla del Cristo.

»Con las escasas vituallas que mi dama tenía dispuestas para después de nuestra placentera labor, regadas con un vinillo rancio, voy conteniendo un tanto las furias de la sed y del hambre, que, según lo mezquino de la provisión, no tardarán mucho en hacer su terrible aparición sobre mí.

»Mi apuesta para conseguir el difícil amor de la magnífica marquesa de Valdeflores tuvo comienzo una mañana en la calle de la Plata.

»Yo sabía que la ricahembra, iba a misa acompañada de una dueña quintañona, toda anteojos y tocas monjiles, llevando de añadidura un escudero asmático, con más años y más barbas que el conde Lozano.

»Cuando llegaba cerca del mesón que le dicen del "Lino", me hice el encontradizo con la dama, y poniéndome delante de ella con muestras de mucha alegría abrí los brazos y le dije llanamente.

»—Venga acá la mejor prenda sevillana y nata de lo bueno en la mismísima metrópoli andaluza, aunque más hubiera de enojarme su presencia que darme tanta satisfacción, puesto que aquí vino sin molestarse en escribirme aunque no fuese más de dos letras por vía de aviso.

»Y antes de que ella tuviese tiempo de ponerse a coto de su gente, la arremetí y la abracé como si ya fuese cosa mía.

»Chilló la dueña, se alborotó el escudero en forma tal que llegó a poner mano en la espada, con idea de arremeterme furiosamente hasta sacarme el alma del cuerpo; se juntó chusma de gente curiosa y desocupada, y ni aun con todo este aparato acababa yo de soltar la buena pieza que entre mis brazos tenía.

»Con el ajetreo de la refriega se le levantó a su merced el tupido velo que cubría el espléndido sol de su rostro, en cuyos ojos, satélites de ese sol, brillaban mortales las saetas de la ira y el despecho, como vengadores rayos de Júpiter.

(Antes, en mis ratos de ocio me picaba algo de poeta, y ni en el apurado trance en que me encuentro puedo olvidar del todo el culto a las musas).

»Yo, que advertí el descorrer del velo, haciéndome del equivocado, me aparté respetuosamente, e iniciando una cortesana reverencia, exclamé:

»—Hermosa dama: en verdad me podéis creer que no sé cómo pediros perdón por el error en que he estado al creeros por vuestra gentil estampa y elegante atavío una hermana mía que estoy esperando de Sevilla; yo os juro a Dios que en todo sois la misma si no es en la cara, que la lleváis mucha ventaja. Otra vez os pido que me perdonéis, y si se os alcanza que puede haber alguna penitencia o castigo que darme por mi involuntario desacato, dictadlos luego, que yo los cumpliré gustoso, aunque es muy cierto, si todo ha de decirse, que no voy muy arrepentido de mi culpa.

»Hice nueva reverencia y me dispuse a marchar, advirtiendo al hacerlo que el enojo que se había pintado en aquel hermoso rostro hubo de ceder bastante, y aun estoy para decir que se dibujaba en él una ligera sonrisa, mientras decía la bella:

»—Pues si vuestra señora hermana tarda mucho en venir, escribidle que lo haga cuanto antes, para que yo no salga cohibida todas las mañanas a oír mi misa a esta hora, y por las tardes a la Novena en San Salvador.

»Y tornando a bajarse el velo prosiguió su camino hacia la Catedral, seguida de sus dos servidores. Yo me torné por una calle cercana en donde mis camaradas de regimiento veían el prólogo de mi apuesta, aunque era lo cierto que iba más confuso e intrigado de lo que me estaba bien, porque la bizarría de aquella mujer, después de haberme despertado los sentidos, se me había entrado un poco en el corazón.

»Acaso lo que empezó por una apuesta necia llegara a trocarse en una encendida pasión, porque yo, desde aquel mismo punto y hora, había formado decidido propósito de seguir adelante tan deleitosa aventura.

* * *

»Doña Mariana de Austria, alto ejemplo de beatería, celebraba de continuo grandes y solemnes fiestas religiosas en los principales conventos de la ciudad en que había venido a recogerse, convidando a ellas a las personas más significadas del vecindario. Formando su escolta debíamos ir los soldados que el Rey, su hijo, le había destinado para su guarda y custodia. Ya es sabido que estas funciones, eminentemente religiosas en el templo, tenían después un remusguillo cortesano en el locutorio, sacristía y salas capitulares del Monasterio que tocase en turno.

»En las Comendadoras de Santiago tomaba por aquellos días el hábito una novicia, pariente cercana de los marqueses de Valdeflores, a quienes estos apadrinaban en sus bodas con el Eterno Esposo, y lo más florido de la población aristócrata fue convidada a la fiesta.

»Yo, como capitán de la Guardia, tuve un puesto entre el acompañamiento de la grave y ceñuda viuda de Felipe IV, que honró con su asistencia aquel acto de darle al Dios de los Cielos una mujer de la Tierra.

»Renuncio aquí desde luego a describir la celestial boda, porque como dice el refrán: “no está la Magdalena para tafetanes”, y diré que en todo el tiempo que duró la ceremonia no quité los ojos de la soberbia madrina, que, ataviada con sus mejores galas, traía sobre su bizarra persona toda la admiración de la linajuda concurrencia.

»Cuando penetramos en la sala capitular, dispuesta con delicado primor monjil para un copioso ágape, el desorden y el bullicio me consintieron acercarme a su merced, quien reconociendo en mí al osado que en la calle de la Plata fingió tomarla por hermana suya, sonrió y me preguntó con muy gentil gracejo:

»—Qué, señor capitán, ¿llegó ya de Sevilla aquella hermana vuestra?

»—Ni vendrá en todos los días de su vida en tanto que vuesa merced esté aquí, porque no quiero que se muera de pasión de ánimo.

»El marqués, que como buen cortesano no se apartaba de Su Majestad, dio en aquella ocasión tregua a sus enojosos celos y dejó que Doña Mencía y yo hablásemos tanto, que al fin de la conversación ya tenía yo en mi escarcela la llave del jardín del palacio de Valdeflores.

»Mis prendas de buen galán —aunque no me esté bien el decirlo— me consentían este adelanto en mi pretensión, a la que ayudaba muy bien el carácter taciturno y la mucha edad del celoso marido, que en las batallas conyugales sobre los campos de lana, aunque tenía licencia de la Santa Madre Iglesia, no le era posible cumplir tal como bueno y según necesitaba el ardiente temperamento de su esposa.

»Con todo y con eso, Su Excelencia tenía tal confianza en sí mismo, que le hacía creer que ella estaba sujeta a él, tanto por enamorada como porque sabía muy bien que en caso de andar a toma y daca con la honra se tomaría el ofendido terribles represalias, a la manera de los maridos calderonianos, que solo con sangre saben lavar las manchas inferidas a su buen nombre.

»Para la noche siguiente fue acordada la primera cita, después de las nueve, porque el de Valdeflores se acostaba temprano, y una vez tomado el sueño se estaba cautivo de él hasta las primeras horas del siguiente día.

»Tal y como lo teníamos convenido tuvo lugar la entrevista, aprovechando el pesado sueño del marqués.

»Si no me encontrara tan a las puertas de la otra vida y más para pensar en la salvación de mi alma que en el regodeo del cuerpo, hiciera aquí una detallada descripción de cómo marqué por mía la espléndida belleza de Doña Mencía de Soldevilla.

»Todas las noches a la misma hora, y aprovechando la misma ocasión, tenían lugar nuestros deleitosos coloquios en la alcoba de mi manceba, que es la pieza que está junto a este oratorio, que, si Dios no lo remedia, ha de servirme de incógnita sepultura.

»Antes de que yo llegara tenía ella muy buen cuidado de tener prevenidas en este aposento unas viandas, vino generoso y agua fresca para reponer las fuerzas perdidas en nuestras *eruditas* disquisiciones».

***

Maravillados quedamos el bueno del cosario y yo de lo que llevábamos leído, y que, como verá el curioso lector, era una trágica novela de adulterio, muy a la usanza del siglo en que hubo de ser vivida.

A este tiempo me llamaron a cenar y fue preciso dejar la lectura para el siguiente día, no sin juramentarnos Leandro y yo que aquel secreto había de quedar muy guardado entre los dos, porque a ambos convenía así para que no nos mareara la Justicia con el hallazgo de aquellos restos de quien tan caro había pagado unos momentos de dicha carnal.

Quedamos en que, para no dar que sospechar, a la noche siguiente vendría con unos paquetes, como si fueran encargos que me trajese de Madrid, y una vez juntos, encerrados en mi habitación, proseguiríamos la lectura del cuaderno, y aun acaso la termináramos, puesto que no quedaba mucho, y eso que la letra era muy enrevesada y difusa, por la nerviosidad y poco cuidado con que estaba trazada, que sin duda el desdichado Don Felipe de Medina únicamente procuraba de que el crimen que con él se cometía no quedara en secreto, aunque su descubrimiento tuviera lugar al cabo de muchos años.

Después de cenar, me fui, como de costumbre, un par de horas al Casino, en donde sufrí amistosamente el vaya de cuantos tenían noticia de mi visita al temeroso Palacio de los Duendes.

—A ver, a ver; que cuente las maravillas que ha visto en aquel antro —decía uno.

Y otro:

—Que nos diga muy por menudo, sin callarse nada, todas las pruebas a que le han sometido los espíritus que tienen su mansión en el viejo caserón de Valdeflores.

Y un tercero:

—Sin duda, como el valeroso Jorge del cuento de Grimm, se las ha tenido usted que ver con un espectro que jugaba a los bolos con calaveras y fémures; ha soportado las caricias de un perrazo enorme con ojos que despedían llamas del Infierno; le han pasado por delante de las narices un entierro con gran acompañamiento de encapuchados y almas en pena; se le ha presentado un gigante barbón que hendía un yunque de un solo puñetazo, y, al fin, como premio a tan enfadosas emociones, ha tenido usted su ratito de solaz con una princesa encantada, la cual, por el valor de usted, ha quedado libre del encanto a que estaba sujeta desde hacía siete siglos.

Y todos reían diciendo su broma correspondiente, sin conseguir que yo me inmutara por ello, ni sus pertinaces burlas tuviesen fuerza suficiente para hacerme declarar lo que yo había visto.

Les respondí sencillamente que el palacio en cuestión no tenía por dentro el interés que yo me había empeñado en darle, y que no era más que un gran número de estancias, cámaras y galerías estropeadas por la herrumbre y el polvo, y que los pocos y desvencijados muebles que había en algunas habitaciones únicamente servían para leña, por todo lo cual había desistido de pedir licencia a sus propietarios para instalarme en él, ya que no disponía del capital que hacía falta para ponerlo en condiciones de ser habitado; y en cuanto al capítulo de duendes y fantasmas que se había forjado la fantasía popular, harían bien en darlo al olvido, porque los únicos seres que allí pudieran encontrarse eran las ratas, que habían tomado por morada aquellos desmantelados parajes, y los gatos de la vecindad, que se metían por los corrales y los tejados a dar buena cuenta de ellas.

Eché mi partida de tresillo, tomé despaciosamente mi café, según tengo por costumbre, y al sonar las doce en el severo reloj de la Catedral me recogí pacíficamente a mi hospedaje, acompañado de dos o tres contertulios a quienes mi casa pillaba de camino para ir a las suyas.

***

Al día siguiente, a punta de noche, apareció el cosario con dos paquetes, que para que no fuesen tan fantásticos como parecía la leyenda de su almacén tenían por alma un buen pedazo de jamón, un pastel de liebre y algo de beber de la última cosecha.

Dimos sobre la vianda y la bebida para tomar fuerzas, y con el último bocado encendimos sendos cigarrillos, y tomando yo en mis manos el manuscrito, que tenía muy bien escondido en el fondo de mi maleta, apechugamos con lo poco que restaba de lo que pudiéramos llamar las «Memorias de Ultratumba» del infortunado Don Felipe de Medina (que Dios haya).

## III

«Guiándome siempre por el reloj de la Catedral, que como un eco muy lejano se oye desde mi tumba, cuento que ya llevo cuatro días enterrado.

»Puesto que me he propuesto dejar escrita la historia de mi muerte, continuaré hoy por sus pasos contados, aunque no espero que pase más allá de mañana el momento de dejar el alma sobre este cuadernillo de papel.

»Por más de que ni como ni bebo más de lo necesario para ver si Dios es servido de obrar el milagro de sacarme con vida de aquí, es lo cierto que las escasas vituallas van tocando a su fin: el agua me va faltando, y el aire, enrarecido por falta de toda ventilación, comienza a envenenarme los pulmones.

»Me he despojado de toda la ropa porque el calor es verdaderamente insoportable. También el aceite de la lamparilla que alumbra la imagen del Crucifijo (el cual, con los brazos abiertos, parece declararse impotente para hacer el prodigio que le pido) se va amortiguando y a buen seguro que se acabará antes que mi vida. ¡El Señor sea conmigo y me dé una hora corta, aunque ya son muchas las que llevo de agonía!

* * *

»Aunque yo nada había dicho a mis camaradas del martelo con Doña Mencía, porque renuncié a perder la apuesta que con ellos hiciera sobre lograr los favores de la hermosa malmaridada antes que a dejar de mantenerla en el altar de mi corazón, era lo cierto que la aventura había trascendido mucho más de lo que yo quisiera, pues vigilándome ellos me habían visto entrar cautelosamente todas las noches por el postigo del jardín en el sombrío palacio de Valdeflores, y fueron ellos quienes quisieron celebrar la rendición de tan soberbia fortaleza. El caso fue que cundió la especie, y en voz baja hubo de ser llevada por la lonja de la Catedral, por el Cuerpo de guardia del Alcázar, y aun parece que llegó a subir los escalones de más de cuatro estrados de la nobleza que daba lustre a la vieja ciudad castellana.

»La única sabedora y concertadora de mis entrevistas con la marquesa era aquella dueña quintañona que la iba sirviendo la mañana que tuve la osadía de pararla en la calle de la Plata. Ella era quien me esperaba todas las noches al pie de la escalera de la casa señorial; ella quien sin encender luz alguna me tomaba de la mano y me servía de lazarillo a través de las inmensas salas que era preciso recorrer antes de llegar al dormitorio de su ama...

»Prevalida la vieja de su celestinesco ascendiente, se lo hacía agradecer muy bien; cuando no pagar con usura, y en muchas ocasiones parece que aun se las tuvo con Doña Mencía de igual a igual al reprenderla esta ciertos descuidos en el servicio, por lo que estimó prudente irle cortando los vuelos, que vino a ser tanto como cortarme a mí la vida, y pienso que también a ella, si después de lo acaecido anteanoche le queda corazón.

»Cuando llegué la postrera vez entré en el jardín con el recato que tenía por costumbre y avancé hacia la casa. Me extrañó no ver en el oscuro zaguán a la dueña, pero como ya conocía bien el camino no la eché de menos y a tientas comencé a subir por la ancha escalera. Presto, una mano vino a encontrarse con la mía, que se orientaba a tientas en la más completa oscuridad: era la de la marquesa, que —advirtiéndome en voz muy baja la ausencia de la anciana sirviente, a la que había tenido necesidad de despedir aquella mañana— me encaminó a su dormitorio.

»Cuando estuvimos en aquella pieza, me dijo:

»—¿Cómo es que habéis venido esta noche a pesar de mi carta?

»—¿De qué carta habláis? —interrogué yo a mi vez—. Si yo no he recibido de vos sino lo que queráis darme ahora, que será mejor que todas las cartas del mundo, aunque fueran escritas de vuestra mano.

»Y entonces me advirtió que, habiendo tenido necesidad de despedir a la dueña porque se le insolentó de forma que aun teniéndola por confidente de nuestros amores era mucha humillación el sufrirla, me había enviado un billete con el paje, en el cual me decía que no volviese por la noche hasta que no me diera noticia de que estaba el camino franco, pues recelaba alguna bellacada de aquella mujer.

»—Pues el paje —argüí yo—, o ha hecho granjería con vuestro billete, o se le ha olvidado jugando a "presa y pinta" en la calle, o donde le haya parecido bien, con otros camaradas.

»—Pues todo lo temo de esos dos bellacos, y mucho será que no estornudemos hoy lo que hemos sudado estas noches. Lo mejor sería que os volvieseis por donde habéis entrado, y que no aparecieseis por aquí —como en el papel os decía— hasta que la nube sea pasada...

»Pero yo, que por lo mucho que me encendía los sentidos y el corazón la vecindad de aquella carne pecadora, llevaba las ganas hechas, y sobre ello el desgarrado escote de su corpiño me ofrecía casi desnudos por entero los dos espléndidos globos de su seno, no quise curarme de tan discreta advertencia, que fuera tanto como curarme en salud, y abrazándome con ella no dejé tesoro de su cuerpo en donde mi mano febril no buscase las delicias del paraíso de Mahoma...

»¡Válgame el ángel de mi guarda, lo que es la lascivia humana!... Más estoy ahora para dar el alma a Dios que la hizo y el cuerpo a la tierra de donde salió, y solo al recordar aquellas otras deleitosas circunstancias no siento a la muerte revolotear en mi torno, sino a la vida hecha ascuas correr por los cauces de la sangre...

»Hicimos, pues, lo que solíamos con tan gentil denuedo y tan mortales ansias como si presintiéramos que aquella había de ser la postrera noche de nuestros amores.

»Como Venus entre las crujientes olas de la mar apareció Doña Mencía entre las revueltas ropas del lecho, y la devoción a la dicha hermosa y deshonesta madre de Cupido fue tal y conforme corresponde a una función de despedida.

»Sonaban las dos en el grave reloj de la Catedral cuando estábamos vestidos, y yo dispuesto, bien contra mi voluntad, a partirme y no volver hasta que ella me advirtiese que no "había moros en la costa".

»Ya me había ceñido la espada, y estaba la marquesa encaminándose hacia la puerta para ir delante de mí, explorando el camino, cuando en la antesala contigua oímos rumor de pasos.

»Sin duda, el marqués se había despertado, o, lo que es más probable, despierto desde la mañana por el escándalo que en su honra había levantado la vengativa dueña, venía a sorprendernos...

»Las pisadas se oían ya crujir en el reseco piso de madera... No había tiempo que perder... Nunca mejor se pudo dar al tiempo el valor del oro.

»De un violento empellón me obligó Doña Mencía a entrar en este oratorio, del que nosotros hacíamos oficios de comedor después de las refriegas amatorias, y dio vuelta a la llave.

»Yo, que me vi solo, quise huir el peligro, porque presto advertí que era efectivamente el burlado marido quien había venido a cortar nuestro idilio; pero la salida era humanamente imposible, porque este aposento no tiene otra comunicación con el exterior que la puerta de la alcoba».

***

La voz de la patrona vino a interrumpir muy importunamente la interesante lectura diciéndome que la cena estaba servida.

Se fue Leandro, que, aunque yo se lo rogué de muy buena voluntad, no quiso de manera alguna quedarse a hacer penitencia conmigo, y yo me quedé pensando en aquel espeluznante memorial, escrito al borde de la tumba, o, mejor dicho, en la tumba misma. Tal me intrigaba que no fui hombre para esperar la llegada del cosario en la tarde siguiente, y apenas consumida la frugal cena me recogí a mi alcoba, y acostándome me dispuse a leer las pocas páginas que quedaban del cuaderno, las cuales decían así:

***

«Dada la fragilidad de la puerta y la grave voz de sochantre del marqués, he podido oír cuanto acontecía en la habitación inmediata.

»Entró el burlado consorte fingiendo una gran indiferencia y una tranquilidad de espíritu que sin duda estaba muy lejos de sentir...

»Por lo que pude entender, no despegando el oído de la cerradura, no venía el marqués como quien acaba de saltar de la cama, sino vestido y con las armas al cinto.

»—He visto luz en vuestro aposento —oí que decía—, y recelando que estuvieseis enferma o que os acaeciese alguna novedad, me he apresurado a venir.

»Se disculpó Doña Mencía como mejor pudo, diciendo que no estaba sino preparando la lista de unos lotes de ropa que en la mañana siguiente había de enviar al Hospital de Santa Cruz, y que por ello se encontraba fuera del lecho más tarde de lo que habitualmente tenía por costumbre.

»—Sin embargo —prosiguió el marqués—, me ha parecido oír que hablabais con alguien.

»Y prosiguió el diálogo de esta forma:

»—Pues oísteis mal, porque estaba yo sola.

»—Con todo, yo he oído rumores de conversación en este aposento. Acaso hablarais con alguna criada; con la dueña quizá, y como lo que se habla con los criados nunca suele ser cosa de gran importancia, aunque ha pasado tan corto espacio no hacéis memoria de ello.

»—A la dueña tuve que despedirla esta mañana.

»—¡Ah!... ¿Despedisteis a Doña González? ¿Y por qué?

»—Quería tomarse oficios más altos; le faltaba muy poco para no guardarme el respeto debido, y otras cosas que no vale la pena de perder el tiempo en contarlas.

»—Nada en esto os tengo que reprochar; cuando vos lo hicisteis, sin duda que debieron de sobraros motivos para ello. Pero decidme: ¿no es más cierto que el haber despachado a vuestra dueña ha sido la indignación natural de que haya querido agraviar vuestro decoro y el mío dando la llave del jardín a cierto galán que una mañana os confundió en la calle con una pariente suya, y aun parece que por tercerías de la infame vieja llegó a profanar con su presencia este aposento? Si ello es así, antes tengo que felicitaros que reprenderos por haber separado de junto a vos a una criada incivil, aunque llevaba tantos años a vuestro servicio.

»Desde mi diminuto observatorio atendía yo con el cuidado que el caso recomendaba la actitud de los dos personajes de este coloquio.

»El marqués se había sentado en un escabel puesto a los pies del soberbio lecho de su esposa y no dejaba de mirar a la puerta del oratorio, en donde sin duda la traición de la dueña le había dicho

que yo estaba oculto. Doña Mencía permanecía en pie casi apoyada en el cerco de la dicha estancia, como protegiéndola con su cuerpo, en el caso de un probable asalto de su marido.

»Protestó la marquesa de aquella acusación tan mal disimulada, y creyendo que en ser audaz y hacer alardes de ofendida estaba la seguridad de su triunfo, volvió a trabar diálogo con su marido:

»—Yo os ruego que habléis claro y dejéis las reticencias, que no es bien que entre marido y mujer se ande con ridículas diplomacias para pretender sacar la verdad con la mentira. Veamos qué es lo que queréis saber.

»—Nada más, y fío en vuestra palabra como si fuera palabra divina; creo que no es cierto que haya un galán que, teniéndoos a vos en poco y a mí en menos, quiera jugar a la pelota con la honra de entrambos.

»—¿Y habéis podido dar crédito a una infamia tan grande? ¿Tan poco representa vuestra mujer para vos que aun el pensamiento de tal bellaquería le habéis creído capaz de abrigar por un solo momento, aun siendo como sois para ella un marido tan celoso que, si advirtierais en ella la menor sospecha de infidelidad, por mejor ocultar el delito y la deshonra a un mismo tiempo, la sangraríais como aquel otro celoso de la comedia de Calderón?

»—Bien; os creo. Veo que me conocéis. Y ahora decidme y acabe con esta pregunta este enojoso interrogatorio que a ninguno de los dos nos está bien. ¿Quién hay dentro de vuestro oratorio?

»—¿Quién queréis que haya, señor?

”—Acaso algún criado indiscreto, que no es bien que se esté enterando de lo que hablamos. Dejadme ver.

»Y uniendo la acción a la palabra el marqués de Valdeflores se levantó del asiento en que estaba y vino hacia aquí.

»Doña Mencía le cerró el paso, diciéndole con dignidad de reina ofendida:

»—Eso es, marido, que seguís dudando de mí; que me tenéis en tan poco que me juzgáis como a una vulgar tusona que esconde a su jaque detrás de una alacena para ocultarle a la vista de su entretenido. ¿No es así? Pues si dais un solo paso hacia esta habitación, por el solo agravio que me hacéis, no ya como a vuestra esposa, sino simplemente como a mujer, todo habrá acabado entre nosotros para siempre. Franco tenéis el camino. —Y haciéndose a un lado le dejó libre el paso.

»—Fío en vuestra palabra —dijo el marqués deteniéndose—, y me huelgo de ello; ahora vos me haréis la merced de dejarme pasar la noche en vuestra alcoba; hoy hace quince años que nos casamos, ¿no recordáis? Justo es, pues, que celebremos el acontecimiento.

»A esto Doña Mencía no tuvo más remedio que dar por buena la determinación de su marido, y se dispuso a obedecer, confiando sin duda en que la tan mal acreditada pesadez del sueño que tantas noches había sido tercera de nuestros amores no dejaría aquélla de dar tregua para sacarme del encierro.

»De allí a poco, ya más corrido que intranquilo, tanto que a no ser por el gran amor que había logrado cobrarle a aquella mujer abriera de un empellón la puerta y me presentara a responder de mis actos, me acomodé en el sillón en espera paciente de verme fuera de aquel ridículo.

»Sin duda, cansado de esperar, debí de quedarme dormido, y así no pude percibir si hubo o no más coloquios entre el mal matrimonio.

»Cuando desperté me pareció que había transcurrido mucho tiempo...

»Escuché atentamente y de la habitación contigua no llegaba hasta a mí ni el más ligero ruido...

»¿Sería posible que durmieran todavía si hasta mí llegaban muy apagados los tañidos de las campanas de las iglesias, y en el reloj de la Catedral oí dar nueve campanadas, que sin duda marcaban las horas de la mañana, pues las de la noche dieron poco antes de que yo penetrara en la casa?

»Me fui ya decidido a jugarme el todo por el todo, aunque en la alcoba estuviese en acecho el celoso marqués de Valdeflores; tiré hacia mí con toda la fuerza que me prestaban la ira y el despecho durante tantas horas contenidos, y la cerradura saltó de su sitio.

»No fui dueño de mí para contener la espantosa impresión recibida, y un terrible alarido de angustia se escapó de mi garganta que retumbó lúgubremente en la estancia.

»¡Estaba emparedado!

»¡¡Me habían enterrado vivo!!

»Dios parece no querer tener misericordia de mí; ¡sin duda son tantas y tan graves mis culpas! Y si Dios no tiene compasión de mí, ¿cómo ha de tenerla un hombre que sabe que le he robado su honor, y una mujer que no ignora que su vida depende de que aquel hombre, al que está unida por el sacramento del matrimonio, se dé por enterado de haber sido ella quien le ha quitado la honra...?».

***

Aquí será bien que dé por acabada esta macabra historia, aunque es lo cierto que en un par de hojas más el sin ventura Don Felipe de Medina iba contando cómo se moría poco a poco devorado por las terribles furias de la sed, el hambre y la falta de aire, y era tan espantosa, a lo que debe creerse, aquella descripción hecha entre los estertores de una agonía lenta y desesperada, en el afán de que aunque fuese a lo largo del tiempo no quedara impune aquella terrible venganza, tan a sangre fría ejecutada, que creo, amigo lector, que te hago mucha merced con no hacerte aquí traslado de ella.

***

Yo no volví a pasar por el Palacio de los Duendes, y de allí a poco salí de la histórica ciudad, a la que desde aquella fecha voy muy de tarde en tarde, absteniéndome siempre de pasar por aquella calle típica y solitaria, donde todavía se alza sombrío, y pienso que se alzará por muchos siglos, el vetusto solar de los linajudos marqueses de Valdeflores.

DIEGO SAN JOSÉ

Madrid, mayo 1930.